

pensar que tal vez no os volveré á ver jamás.» Luis Napoleón volvió á ver á la dama á quien dirigía cartas tan sentimentales, pues ésta le hizo una visita en su prisión en agosto de 1845. «Señora, la escribí el 2 de octubre, ocho días hace que tenía la dicha de estar á vuestro lado; vuestra aparición fué para mí como un sueño feliz, pero solamente un sueño, pues su visita fué tan corta, que apenas me dejó tiempo para reponerme delante de vos de la emoción que habíais producido en mí, y cuando recobré bastante calma para disfrutar de ella, ya estabais fuera.»

Lo que admira sobre todo en el conjunto de las cartas que acabamos de citar es el alma ardiente del que las escribía. Al ver su rostro impasible, su expresión impenetrable y su inalterable sangre fría, no se hubieran sospechado en él las pasiones que agitaban al hombre político y al hombre privado; su carácter era un volcán bajo el aspecto de un glaciar.

## XXVI

## LOS ESCRITOS DEL PRISIONERO

Napoleón III solía decir que la prisión de Ham había sido su universidad. Allí terminó su educación, estudiando la ciencia, la historia y la economía política, y se hizo publicista á la vez que periodista. Los escritos del prisionero son muy numerosos. El 15 de febrero de 1840, día en que las cenizas de Napoleón llegaron á París, el príncipe componía un ditirambo en prosa con este título: *A los manes del emperador*. «¡Señor, volvéis á vuestra capital, y el pueblo francés saluda vuestro regreso; pero yo no puedo ver desde el fondo de mi calabozo más que un rayo del sol que ilumina vuestros funerales!... ¡Montholón, aquel que más amáis entre vuestros fieles compañeros, que os prodigó las atenciones de un hijo, conservándose fiel á vuestro pensamiento y á vuestras últimas voluntades, me comunicó vuestras últimas palabras y está prisionero conmigo!

»Un buque francés, conducido por un noble joven, ha ido á reclamar vuestras cenizas; pero en vano buscabais sobre cubierta alguno de los vuestros: vuestra familia no estaba.....

»El pueblo se agolpa como en otro tiempo á vuestro paso y os saluda con sus aclamaciones como si estuvierais vivo; pero los grandes del día, aunque os rinden homenaje, murmuran en voz baja: ¡Dios mío, no le despertéis!...

»Señor, el 15 de diciembre es un gran día para Francia y para mí. Desde el centro de vuestro suntuoso cortejo, desdeñando ciertos homenajes, habéis dirigido un instante vuestras miradas á mi sombría prisión, y recordando caricias que prodigabais á mi infancia, me habéis dicho: - Padeces por mí, hijo mío; estoy contento de ti.»

En 1841 el príncipe escribía sobre la historia de Inglaterra un estudio titulado *Fragmentos históricos, 1688 y 1830*; y en el prefacio, fechado el 10 de mayo, se expresaba así: «Mientras que en París se deifican los restos mortales del Emperador, yo, su sobrino, estoy enterrado en vida en un estrecho recinto; pero me río de la inconsecuencia de los hombres, y doy gracias al cielo por haberme concedido como refugio, después de tantas pruebas crueles, una prisión en el suelo francés. Sostenido por una fe ardiente y una conciencia pura, me someto á mi desgracia con resignación y me consuelo del presente, viendo el porvenir de mis enemigos escrito con caracteres indelebles en la historia de todos los pueblos.»

La conclusión del estudio era esta:

«El ejemplo de los Estuardos prueba que el apoyo extranjero es siempre impotente para salvar los gobiernos que la nación no adopta; y la historia de Inglaterra dice altamente á los reyes: — Marchad á la cabeza de las ideas de vuestro siglo; estas ideas os siguen y os sostienen; id en pos de ellas, porque os atraen. Si marcháis contra ellas, os derribarán.»

En agosto de 1842 Luis Napoleón publicó un *Análisis de la cuestión de los azúcares*, y en 1843 redactó uno de sus más curiosos escritos, estudio que lleva por título *De la organización militar de Prusia*, y que fué una profecía. «No basta ahora, decía el príncipe, que una nación tenga algunos centenares de jinetes cubiertos de hierro ó algunos miles de *condottieri* y de mercenarios para mantener su categoría y su independencia: necesita millones de hombres armados. Prusia cuenta 14.330.000 habitantes; su ejército es de 145.000 hombres, y la *landwehr* consta de 385.000; de modo que Prusia, cuya población es una mitad menos considerable que la de Francia, puede poner en pie de guerra, para defender su territorio, 530.000 hombres ejercitados.... El sistema prusiano resuelve el problema material y moralmente, pues no tan sólo es ventajosa esta organización desde el punto de vista militar, sino que, bajo el concepto filosófico, merece ser admirada, porque destruye toda barrera entre el ciudadano y el soldado y eleva el sentimiento de cada hombre, haciéndole comprender que la defensa de la patria es el deber primero.» Luis Napoleón proponía para Francia un ejército de doscientos mil hombres, y la creación de una reserva análoga á la *landwehr* prusiana, con cuyo sistema se llegaría á un efectivo de un millón doscientos mil hombres en caso de peligro. «Francia, decía el príncipe al terminar, estaría así al abrigo de toda invasión; podría desafiar al universo y repetir con más motivo estas palabras de los altivos galos: — Si el cielo llegase á caer, le sostendríamos sobre el hierro de nuestras lanzas.» Es verdaderamente muy sensible que el emperador Napoleón III no creyese poder realizar el programa militar del prisionero de Ham.

En 1842 y 1843, el príncipe hizo insertar gran número de artículos sin firmar en dos diarios republicanos, el *Progrés du Pas-de-Calais* y el *Guetteur*, de San Quintín, cuyos directores, MM. Federico Degeorges y Calixto Souplet, eran demócratas honrados y convencidos. El primero de estos dos diarios hizo la siguiente declaración en su número del 23 de octubre de 1843: «Ya no es un secreto, y jamás hemos hecho de ello un misterio para nadie: desde hace quince meses el príncipe Luis Napoleón Bonaparte envía desde su prisión de Ham artículos al *Progrés du Pas-de-Calais*.» Estos artículos, que abordaban una infinidad de cuestiones políticas y económicas, contenían casi siempre críticas acerbas contra el gobierno de Julio, el cual, resentido al fin, dispuso que el juzgado notificara oficiosamente á los dos diarios que se les retiraría la licencia de impresores si la colaboración del príncipe continuaba.

No pudiendo continuar ya sus trabajos de periodista, el prisionero se decidió á publicar, en 1844, un folleto de sensación al que puso por título: *Extinción*

*del pauperismo*. Hay muchas quimeras en esta obra; pero es muy curiosa, porque el autor desarrolla los principios del más avanzado socialismo.

En el prólogo de su folleto Luis Napoleón se expresaba así: «Propagar en las clases obreras, que son las más numerosas, la comodidad, la instrucción y la moral, es extirpar el pauperismo, si no del todo, por lo menos en gran parte; y de consiguiente, proponer un medio capaz de hacer participar al pueblo de todos los beneficios de la civilización es agotar las fuentes de la ignorancia, del vicio y de la miseria. Creo, por lo tanto, sin demasiada audacia, poder aplicar á mi trabajo el título de *Extinción del pauperismo*, y comunico mis reflexiones al público con la esperanza de que, desarrolladas y puestas en práctica, podrán ser útiles para el alivio de la humanidad. En la desgracia, natural es pensar en los que sufren.»

La tesis del autor era esta: «La clase obrera no posee nada; es preciso hacerla propietaria; no tiene más riqueza que sus brazos, y es menester dar á estos últimos un empleo útil para todos; es como un pueblo de ilotas en medio de un pueblo de sibaritas, y debe dársele un lugar en la sociedad, uniendo sus intereses con los del suelo. En fin, está sin organización, sin derechos ni porvenir; es necesario concederle derechos y porvenir, realizándola á sus propios ojos por la asociación, la educación y la disciplina.» La combinación propuesta para conseguir este objeto consiste en crear colonias agrícolas, recordando el sistema de los *falansterios*.

«En Francia, decía el príncipe, hay 9.190.000 hectáreas de tierras incultas. Decreten las Cámaras que todas esas tierras pertenezcan de derecho á la asociación obrera, mediante la condición de pagar anualmente á los propietarios actuales lo que éstos obtienen hoy; que den á esos brazos que huelgan las tierras que están ociosas también, y estos dos capitales improductivos renacerán á la vida uno por el otro. Una vez creadas las colonias agrícolas, se debería instituir con hombres íntegros una especie de cuerpo medio entre la clase obrera y la clase capitalista.... Se tomaría de los beneficios de cada establecimiento una suma destinada á crear para cada obrero un capital individual.» El príncipe añadía: «¿Qué se necesita para realizar semejante proyecto? Un año de haber del ejército, un gasto igual al que se emplea en las fortificaciones de París. ¡Y este adelanto producirá al cabo de veinte años á Francia mil millones, á la clase obrera ochocientos, y al fisco treinta y siete! Que el gobierno ponga en ejecución esta idea, modificándola con todo lo que la experiencia de los hombres versados en estas complicadas materias puede proporcionarle respecto á informes útiles y nuevas luces; que se muestre celoso de todos los grandes intereses nacionales; que establezca el bienestar del pueblo sobre bases inamovibles, y será inquebrantable á su vez. La pobreza no será ya sediciosa cuando la opulencia deje de ser opresiva.» El folleto terminaba con estas líneas: «Hoy día el objeto de todo gobierno hábil debe tender á esforzarse en que pueda decirse pronto: — El triunfo del cristianismo ha desterrado la esclavitud; el triunfo de la Revo-

lución francesa ha suprimido la servidumbre; el triunfo de las ideas democráticas ha dado fin al pauperismo.»

El prisionero de Ham subió al trono, y no por eso se extinguió el pauperismo; pero en 1844 sus teorías socialistas fueron acogidas con cierta simpatía en el campo de los demócratas, y la república de Salento que el príncipe soñaba para los obreros no se consideró por todo el mundo como una utopía. Jorge Sand escribió entonces: «¡Hablad á menudo de libertades y franquicias, noble cautivo! El pueblo es como vos en la prisión; el Napoleón de hoy es aquel que personifica los dolores del pueblo, como el otro personificaba sus glorias.»

## XXVII

## EL FIN DE LA CAUTIVIDAD

Luis Napoleón había escrito el 18 de abril de 1843: «Si mañana se abrieran las puertas de mi prisión, si viniesen á ofrecerme cambiar mi posición actual por el destierro, no aceptaría, porque esto sería á mis ojos agravar la pena. Prefiero ser cautivo en suelo francés más bien que libre en tierra extranjera.» En 1845, el prisionero no pensaba ya así y solicitaba que le pusieran en libertad. ¿Qué había pasado, pues, y cuál era la causa de este cambio de actitud? Pues sencillamente que el rey Luis, muy enfermo, expresaba el deseo de ver á su hijo antes de morir, y le llamaba á su lado en Florencia.

Luis Napoleón había profesado siempre á su padre una veneración profunda. El anciano rey no le había escaseado las palabras severas ni las observaciones, reprendiéndole de continuo porque se alimentaba de quimeras, y censurando de la manera más enérgica sus intentonas de Estrasburgo y de Boulogne; mas no por eso el joven príncipe dejó de mantenerse fiel á sus deberes de piedad filial. La frialdad de su padre era para él un pesar del que no podía consolarse. Como el anciano rey de Holanda hubiese insinuado varias veces que las demostraciones de cariño de su hijo se debían á un cálculo interesado, el príncipe rechazó con indignación una sospecha contra la cual protestaba todo su carácter. El 6 de mayo de 1844 escribía á su corresponsal de Florencia: «¡Yo obrar por interés! ¡Dios mío, hoy que he gastado casi toda mi fortuna para sostener en la desgracia á los hombres cuyo bienestar he comprometido, daría toda mi existencia por una caricia de mi padre! No me importa que dé á Pedro ó á Pablo toda su fortuna; trabajaré para vivir; pero que me devuelva su afecto, pues jamás me mostré indigno de él y lo necesito. Hay muchos hombres que viven muy bien con el corazón vacío y el estómago repleto; mas para mí es una necesidad tener el corazón lleno; el estómago me importa poco.»

En tal disposición de ánimo se hallaba el príncipe cuando recibió de su padre una carta fechada el 18 de agosto de 1845, que tuvo influencia en su destino. El anciano rey se expresaba así:

«Querido hijo: Te engañarías singularmente si creyeras que soy insensible á tu enojosa posición y á tus penas. Sin duda no puedo olvidar que te has colocado por tu propia voluntad en esa posición; pero padezco porque sufres, y esto es tanto más penoso para mí, cuanto que había abrigado la esperanza de que tu